

EL 2 DE ENERO

No veo razón para ocultar mi debilidad por las vidas satélites, subsidiarias, y no sólo las vidas humanas sino también las de cuanto nace, crece y muere con modestia -yerba, pájaro, gusano- alrededor de otra vida planetaria y mayor. Y la existencia de las cosas, también. Uno de los temas líricos que más pronto me inquietaron fue el pequeño tren, un trenillo cercano a mi corazón y a mi geografía, incansable en su labor renqueante de aproximar viajeros y mercancías humildes a los grandes expresos que sólo conceden un minuto. En fin, por extensión, lo que no tiene vida ni siquiera es cosa: las fechas del calendario; eso que no es más que un acuerdo, un sobreentendido, algo ideado por el hombre para no perderse del todo en la carretera del tiempo. Quiero aludir a esos días que no vienen señalados con caracteres fuertes ni en color rojo festivo. Al contrario, son fechas pálidas, disminuidas aún bajo la sombra poderosa de la solemnidad anterior. Igual que un hombre normal puede sentirse canijo cuando camina al lado de un coloso.

Mi afición es tal que hasta me empuja a remontarme por la Historia. Me gusta evocar la entrada de los turcos en Constantinopla, pero no menos suelo imaginar lo que sentirían y pensarían y comentarían los bizantinos a la mañana siguiente, y eso que ellos no sabían que acababan de entrar en la Edad Moderna, porque esas cosas las deciden otros, y mucho después. ¿Y el 3 de mayo de los españoles de 1808? La gloria fue de la víspera, que aún hace pocos años los escolares celebraban con asueto. Por ahí andan plazas y calles y parques nombrados del Dos de Mayo, y hasta algún que otro restaurante, más bien de tipo económico. Pero el día patriótico de verdad, el de las difíciles y arriesgadas decisiones, fue el 3, aunque nadie se acuerde del santo de su nombre (San Alejandro, Papa). Los alemanes entraron en París un 14 de junio. Un trance amargo para los franceses; pero el desfile acompasado de las botas nazis bajo el Arco del Triunfo tenía una cierta plasticidad, casi una estética que algo distraía los ánimos. La fecha cumbre del drama fue el 15 de junio, ya sin tambores, con el engrudo fresco de los primeros edictos sobre los muros: «Se ordena», «Se prohíbe», «Se empieza». Era seguir respirando, pero aprender a respirar de otro modo.

Mas dejemos la gran Historia. Descendamos a la vida cotidiana. Ahora acaba de festejarse el día primero, aquel en que agradecemos a la Divinidad el habernos dejado llegar, donde hacemos votos porque se nos depare la ocasión de ver el próximo Año

Nuevo. El 2 de enero asoma, tímido, a los almanaques del mundo. Todo 2 de enero, el de cualquier año, se nos revela flaco, desmedrado, con su color ceniciento, vestido de diario, con un aire desentrenado y como vergonzante. Él parece recordarnos, aunque sea sin atrevimiento, todo el cúmulo de promesas solemnizadas ante nuestra propia conciencia, los aplazamientos «hasta el día 2, que es cuando empieza de verdad el año...», De manera que ahora hay que tomar en serio el curso, mejorar nuestro rendimiento, atreverse por fin con el proyecto que hemos ido postergando. Llegó la hora de cuanto fuimos dejando «para el año próximo», aunque no para el da exactamente primero, que éste no cuenta, como no cuenta en un libro la portadilla que se deja en blanco, uno de esos lujos que los impresores llaman «cortesía».

Pero a propósito de cortesía: ¿Es que vamos a iniciar así nuestra vida de perfección, sin ocuparnos de nuestro prójimo? Bueno, la verdad es que tampoco nos dejarían.

-¿Y usted, cómo entró en el nueve año? Quien en el tren, quien tranquilamente en casa, o en la Iglesia, o en algún sarao (que muchos dicen «party», y lo que se pierden). Cuentan, incluso, de una joven cántabra que escogió un pequeño islote -o fue en la Nochebuena, pero qué más da-, y no se entiende por qué no la dejaron sola y en paz, con el ningún peligro que hay para una joven en un islote.

No, no debemos ser egoístas. ¿O es que escuchar al vecino y al compañero no es un acto de caridad, tan importante y aún más que nuestra propia tarea? ¿No estamos empezando hoy un camino nuevo, empedrado de nobles propósitos? De manera que ya no nos basta escuchar. Nosotros mismos preguntamos. La oficina -o la tienda, o el taller- se ha llenado ahora de una atmósfera que nos devuelve a la escuela de los primeros años: si había un fuego en la noche, si se inundaban las huertas, era la pequeña vacación del día siguiente, con el intercambio de informaciones. La última vez que en Jaén se movieron un poco los trastos, un viajante catalán me contó su desesperación porque en tres días no pudo entrar en materia. A todos los jaeneros o jiennenses el temblor los había cogido en la cama, pero aun así cabían infinitas variantes de tipo técnico o psicológico, y la crónica general parecía no completarse jamás. Y qué decir de aquel gran fuego, aquel terremoto que fue el 18 de julio. Aún ahora, entre viajeros de los cuarenta para arriba, no es raro que contribuya a mejorar las horas del tren: «Mire usted, a mí me pilló...».

Pues algo así acontece al cambiar de año, y más sí se salta de un decenio a otro, como ahora. Cuando ya sabemos exhaustivamente dónde y cómo y con quién «pilló» el 70 a don Cosme, y a Pepita, y a la mujer de la limpieza, el 2 de enero, un poco más viejo, nos sigue mirando con su color ceniciento, con su traje de diario, con el aire de quien no se atreve a reprochar más que con la mirada.

Sí, sí -decimos, nos decimos a nosotros mismos-, qué íbamos a olvidarnos, aquellas promesas, nuestras buenas intenciones... Pero el día no ha terminado. Todavía hay tiempo. Empieza a anochecer más tarde. Y, además, ¡qué caramba!, el año, cuando comienza de verdad es el día siguiente al de Reyes eso, el 7 de enero. A no ser que para entonces se avecine un puente, claro. Este año parece un puente largo.

Decididamente, al 2 de enero no hay quien lo meta en la historia, en la historia con minúscula, de cada uno. Y eso que para mí es un día importante. Un día heroico. El más heroico de todo el año, está visto.

Antonio PEREIRA